

CAPITULO XIV.

BUENOS-AIRES: 1816.

Carácter del director supremo Pueirredon, i su empeño en remediar los males producidos por el desórden popular. Sus trabajos para dar vigor á la causa de la independenciam. Discordias de la capital. Encono de los cívicos contra los veteranos. Atrevidas empresas de Pueirredon contra el reino de Chile i contra las tropas del Alto Perú: feliz resultado de la primera. Estado de los negocios á fines de 1816.

Por mas que se esforzase el nuevo director Pueirredon en calmar los ánimos de los buenos-airesños i en zanjar las desavenencias de las provincias Unidas en el nombre, i realmente divergentes en el todo, estaban los efectos mui lejos de corresponder á su ardiente celo i sanas intenciones. Aunque la eleccion de este magistrado no fue del agrado general del pueblo, no por eso dejó de trabajar con igual esmero en la árdua empresa de asegurar su felicidad consagrándose enteramente á tan noble objeto. Siendo uno de los cuidados que mas agravaban su ánimo las disensiones ocurridas en Salta entre paisanos i soldados, se dirigió desde el seno del supremo congreso á cortar con su presencia aquella exasperacion.

Terminada felizmente esta primera empresa se dedicó á reconocer su ejército, á examinar la línea que ocupaba i á inspeccionar sus fortificaciones: desempeñado dicho encargo á toda su satisfaccion regresó al Tucuman para acelerar la solemne publicacion de la ridícula acta de su independenciam, apoyada en las bases mas frágiles del racioci-

nio i en la falsedad i graciosa invencion de sus asertos. Dirijiéndose desde aquel punto á Córdoba, en donde le esperaba San Martin para combinar los planes de la invasion de Chile, emprendió de nuevo su marcha para regresar á Buenos-Aires.

Las atenciones que rodeaban á este primer magistrado eran de tal magnitud que podian acobardar al ánimo mas atrevido. Veia los puntos interiores de aquella república envueltos en interminables discordias; la misma capital, devorada por las mas viles pasiones del egoismo, ambicion, rivalidad, competencia i encono de partidos. Los mas decantados patriotas daban mui pocas señales de poseer aquella elevacion de sentimientos que escita á sacrificar privados miramientos en obsequio del bien general: las rencillas i la envidia ejercian todo su poder; algunos hombres de juicio i sensatez se retraian de tomar parte en un gobierno que no tenia fuerza para enfrenar la osadía popular. Eran tan públicos estos males que las corporaciones mas respetables los marcaron en repetidos documentos que salieron de sus manos con la idea de atajarlos.

En las varias representaciones del mismo pueblo se ve consignada su desconfianza, su aprehension i su duro pesar de que fuera igualmente desastroso el estado de los negocios á pesar de la instalacion del congreso general i del nombramiento de un solo individuo para el gobierno superior. Viendo pues que subsistian las provincias en la misma clase de dependencia, se agriaron los ánimos de cívicos i veteranos en la capital.

La noche del 18 de junio estaba destinada para cubrir de luto aquella tan criminal como desgraciada poblacion. Los primeros trataban de sorprender á los segundos con el auxilio de dos oficiales de estos cuerpos que habian prometido allanarles el camino para la perpetracion de tamaño atentado. Prevenido con tiempo el regimiento número 8, se puso en actitud hostil, i lo mismo hizo la artillería esperando con mechas encendidas i con todo el aparato de la guerra el des-

enlace de aquel drama alarmador. Aunque la prevencion de los veteranos evitó por entonces el golpe de esterminio, no se estinguió por eso la animosidad entre ambos partidos, la que prometia hacer tarde ó temprano su esplosion.

En medio de estos desórdenes, que debilitaban considerablemente la fuerza moral que necesita un gobierno para dirigir altas empresas, tuvo el atrevimiento el impertérrito Pueirredon de dar ejecucion á dos de ellas de las mas importantes que se hayan presentado en los anales de aquella revolucion. Fue la una activar la expedición del general San Martin contra Chile, la que se verificó á principios del año siguiente desafiando todo el poder de un gobierno consolidado por la legitimidad de su causa, i por las bayonetas de bizarras tropas, que tenian justos motivos para esperar que la fortuna no habia de volverles las espaldas. Fue la segunda reforzar el ejército de Salta para resistir á los furiosos ataques que le diera el nuevo general del Alto Perú don José de la Serna, á quien suponía ansioso por hacer célebre su nombre en los primeros combates.

Era necesario pues un temple fuerte de alma para entregarse á tantos i tan arriesgados lances que se ofrecian simultáneamente al infatigable Pueirredon. Todas las probabilidades obraban contra él; las discordias interiores embarazaban sus operaciones; el ejército del señor Marcó del Pont era mui superior al de San Martin en número i en disciplina; el del general la Serna estaba engreido con sus anteriores hazañas, i persuadido de tener vinculada en sus manos la victoria.

La república pues de Buenos-Aires se presentaba á la orilla del precipicio; la salvó Pueirredon, ó mas bien la fatalidad del destino que persiguió á los ejércitos del Rei. La Serna no pudo abrir la campaña con la debida rapidez por falta de las acémilas i útiles de guerra, para llevar á cabo su proyectada expedicion. San Martin penetró felizmente por la cordillera de los Andes; i la opinion de los genios bulliciosos se rectificó al ver unos progresos tanto mas apreciables cuanto menos esperados. Desde entonces fue tomando solidez i con-

sistencia la autoridad del director supremo; creció el aliento de los republicanos, se disipó el abatimiento i el desórden, que era un efecto de su crítica posicion, i fue tomando rápidamente aquel gobierno un vigor i enerjía de que no se creia capaz.

Este era el estado de los negocios de Buenos-Aires á fines de 1816; por todas partes sonreia la fortuna á los independientes menos por la banda oriental. Artigas permanecia en su estado de insubordinacion i rebeldía; las tropas portuguesas amagaban una invasion; el doctor Francia ejercia su despótico poder en el Paraguai, despreciando todas las proposiciones i amenazas de la república de Buenos-Aires; la provincia de Santa Fé se hallaba asimismo en estado de confusion. Empero comenzaron los porteños á concebir fundadas esperanzas de disipar prontamente aquellas nubes de oposicion al favor de las sabias medidas emanadas del supremo congreso, cuyos efectos habian de ser prodigiosos recibiendo el activo impulso de su primer magistrado.

